



El Camino Real de Coahuila y Texas.

Patrimonio cultural compartido

Ana Sofía Rodríguez Cepeda

y Miguel Ángel Sorroche Cuerva (coordinadores)

Universidad Autónoma de Coahuila

Universidad de Granada

Primera edición, 2016

ISBN: 978-607-506-248-8

278 pp.

Este trabajo conjunta el esfuerzo interdisciplinario de 11 investigaciones que, desde distintas ópticas, definen el fenómeno del Camino Real de Coahuila y Texas y abordan las razones de su existencia en los campos militar y evangélico, algunos elementos y enclaves que lo forman, así como el contexto actual de este valioso patrimonio relacionado con valores naturales y culturales, tangibles e intangibles. El prólogo de Francisco Javier López Morales muestra cómo evolucionó el reconocimiento de los valores patrimoniales hasta llegar a la categoría de itinerarios culturales, lo que marca una nueva visión en la percepción de los procesos culturales.

La introducción de Ana Sofía Rodríguez encuadra el tema del Camino Real de Coahuila y Texas y la estructura del libro; relata el esfuerzo interinstitucional e interdisciplinario de investigadores de la Universidad Autónoma de Coahuila, la Universidad de Barcelona, la Universidad de Granada y la Universidad de Texas para el proyecto "La recuperación del itinerario histórico del Camino Real de los Tejas," con apoyo de la Secretaría de Educación Pública, por medio del Programa de Apoyo al Desarrollo de la Educación Superior.

Clasificamos los trabajos en tres apartados. El primero aborda la perspectiva histórica del Camino Real de Coahuila y Texas, su dinámica social y cultural, las características del paisaje y las relaciones de poder entre grupos de la región a lo largo de caminos, misiones, presidios, villas, haciendas y ranchos. El segundo se enfoca en la gestión cultural y turística, con el análisis y la valoración del conjunto misional franciscano de San Antonio, Texas; se adentra en la arquitectura y el paisaje urbano actual de la ciudad de San Antonio a partir de elementos del periodo novohispano, las acequias y el desarrollo del asentamiento junto al río. El tercero presenta los valores desde la óptica de la historia del arte y la arquitectura, la significación de lo patrimonial para, a partir de los orígenes, llegar a la comprensión de la identidad cultural; muestra el patrimonio artístico religioso: pinturas, esculturas y objetos litúrgicos, y finaliza con el análisis del complejo hacendario de Encarnación de Guzmán, situado en Saltillo, donde aún se aprecian los materiales y sistemas constructivos de los siglos XVIII y XIX.

La comprensión del fenómeno del camino se hace a partir de distintas disciplinas, como el acercamiento que ocurre desde la arqueología y la historia, con lo que se explica la articulación de los asentamientos mediante la presencia del Camino Real de Coahuila y Texas. En este mismo tenor se narra el paso de personas que forjaron la historia de nuestro país: Hidalgo, Díaz, Santa Anna, Carranza, y también de las fuerzas invasoras. Se discute la importancia de los caminos en el poblamiento de la Nueva España, lo que constituye una descripción temporal de los hechos alrededor del Camino Real de Coahuila y Texas. Un apartado muestra la situación de las poblaciones, principalmente nómadas, expuestas a la esclavitud, deportación y extinción. Asimismo, el análisis de Monclova Viejo deja en claro la importancia de la frontera norte, las dificultades para la protección de la población y las características arquitectónicas del presidio que, a la postre, es una colonia militar. La comprensión del camino hacia el norte es un relato de sublevaciones, ataques y peligros, en el que el clima generalizado cubría de sangre y fuego el avance hispano a la frontera norte.

Se muestra la historia compartida entre el norte de México y el sur de Estados Unidos, al

analizarse el caso de las misiones de San Antonio, un nodo central del Camino Real de los Tejas y el tramo más importante del Camino Real de Tierra Afuera, desde la ciudad de México hasta Luisiana, que compartió ruta con el Camino Real de Tierra Adentro hasta Zacatecas, lo que articuló un sistema de misiones, presidios y ranchos. En este mismo territorio se hace hincapié en la permanencia novohispana dentro de la ciudad contemporánea, para lo cual se utilizan técnicas de visualización en forma de mapeos para el estudio de la morfología urbana, del paisaje histórico urbano entendido como un palimpsesto, es decir, la existencia de una traza que transforma la anterior.

El Camino Real de Tierra Afuera se convierte en una reflexión sobre la globalización como un fenómeno que aniquila lo singular a favor de lo uniforme, en el que el patrimonio cultural es un eslabón que nos traslada al pasado como una evocación que valora lo que es y lo que fue, y, por medio de la liga espacial, se identifican los componentes materiales e inmateriales que lo definen, porque la memoria depende de la insoportable levedad del recuerdo. El patrimonio sacro también se evidencia en el recorrido del Camino Real de Coahuila y Texas, por lo que se analizan el significado iconográfico y las imágenes que conectan los designios divinos y los deseos humanos. Se muestran pintura, escultura y objetos litúrgicos del patrimonio mueble, el cual se localiza en rancherías, ejidos y exhaciendas, y que se aborda desde la perspectiva de la historia del arte mexicano. Finalmente, con el análisis de un bien arquitectónico, la hacienda de Encarnación de Guzmán, se relata el partido arquitectónico, el estado de conservación, la relación del espacio con las actividades, la evolución espacial y las características icónicas en el paisaje del Camino Real de Coahuila y Texas de este complejo hacendario que data de la época virreinal, dedicado a la agricultura y ganadería, que se adapta a los requerimientos de la época en los siglos XVIII y XIX, y que fue capaz de alojar, durante la invasión estadounidense, a 14 000 hombres del ejército mexicano, al mando del general Santa Anna.

El libro es una invitación a conocer esos lugares del desierto llenos de magia. Un aspecto novedoso en esta publicación es su reconocimiento del valor que tienen las variables

ambientales para la comprensión de los procesos históricos. Mediante estas ricas descripciones encontramos que el desierto es una manifestación del patrimonio natural de nuestro país, la cual se liga íntimamente a los hechos y las formas de expresión de las poblaciones que, a lo largo de la historia, se han asentado en esa región y cuyo desarrollo industrial no sólo ha borrado el viejo camino, sino que también el ecosistema quedó en el olvido, como sucede en Ramos Arizpe, Coahuila. Es un deber de las actuales generaciones preservar este recuerdo para el disfrute e identidad de las generaciones venideras.

Esta obra refleja el esfuerzo de mucha gente para proteger, conservar y disfrutar el patrimonio cultural y el recuerdo como elementos fundamentales de la memoria colectiva.

Rocío López de Juambelz



La casa en la Ciudad de México en el siglo XX Un recorrido por sus espacios

Lourdes Cruz González Franco

Facultad de Arquitectura,

Universidad Nacional Autónoma de México

Primera edición, 2016

ISBN: 978-607-02-8766-4

280 pp.

Tal como su nombre lo indica, este libro no es sólo una detallada historia de la casa en la Ciudad de México en el siglo xx, sino un significativo recorrido por sus espacios; es producto de una visión diferente de los relatos realizados a partir de

los estilos, frecuentes en nuestra historiografía. Se trata de un acercamiento que supone el estudio de las fachadas y sus diversas formalidades, pero que demanda, y ésta es una de sus particularidades, un recorrido por los interiores con el fin de conocer "la manera en que se vivían las casas en otras épocas, la forma en que se han modificado las costumbres y lo que ha simbolizado la casa para sus habitantes." Esta mirada se apoya en las aportaciones que sobre el tema han surgido desde las ciencias sociales, pero asume como necesario el saber arquitectónico.

El libro se compone por una introducción y cinco capítulos. En el primero se presenta una síntesis de aportaciones importantes para la autora, en cuanto a la transformación de la casa unifamiliar en México, por parte de cinco arquitectos del Movimiento Moderno: Frank Lloyd Wright, Walter Gropius, Le Corbusier, Mies van der Rohe y Richard Neutra. Este análisis personal aparece enriquecido por opiniones de algunos protagonistas de nuestra arquitectura habitacional. En el segundo capítulo, se explicita el hilo conductor que guiará la lectura de las casas a lo largo del siglo xx: "El significado del espacio doméstico," "El sentido del confort en el siglo xx" y "De lo público, lo privado y lo íntimo en el interior de la casa."

En los capítulos siguientes, la autora propone una periodización para analizar la casa en la Ciudad de México a lo largo del siglo xx: "La casa tecnológica: el ímpetu de la modernidad (1920-1945)," "La casa racionalista: orden, luz y transparencia (1945-1965)" y "La casa impredecible: la emancipación de las reglas (1965-2000)." Tal periodización surgió del análisis de los casos seleccionados, no de esquemas tradicionales.

En el tercer capítulo, que se refiere al periodo entre 1920 y 1945, la autora emprende un retorno obligatorio que la lleva hasta el siglo xix y el Porfiriato, dos periodos que explican en gran medida la transformación de la casa a inicios del siglo xx y que sirven de referencia para comprender los importantes cambios propuestos por la arquitectura moderna. En este periodo la autora toca aspectos como "La transformación de la clase media," "El papel de la mujer," "El significado del confort como ideal de vida," "Los esquemas arquitectónicos en la casa habitación" y, por último, "La idea de lo moderno y las diversas fisonomías." El panorama ofrecido resulta vasto y bien docu-

mentado, sobre todo si se toma en cuenta que abarca una etapa en que la arquitectura de la casa, más allá del lenguaje de sus fachadas, arriesgaba propuestas ante un mundo en constante cambio.

El cuarto capítulo abarca veinte años (de 1945 a 1965) y se ocupa de la casa racionalista. Aquí se abordan temas como la transformación de la sociedad capitalina, la introducción de la radio y la televisión en los hogares, los nuevos productos que llenan las tiendas departamentales, el ocio, el valor de la individualidad y la nueva imagen de la ciudad. Este capítulo exige ocuparse del funcionalismo y de las nuevas tecnologías, pero también de aspectos como la fluidez espacial, la relación interior-exterior, el "rompimiento de la caja" y la aparición de nuevos esquemas compositivos. Se trata de una perspectiva apasionante que nos presenta una visión diferente sobre esta etapa, la cual estuvo plagada de contradicciones pero también de propuestas alternativas, y que no puede liquidarse bajo el epíteto de arquitectura internacional.

El último capítulo inicia en 1965 y termina con el final del siglo. Este periodo requiere de una aproximación, ya que no contamos con las certezas que dan la distancia temporal o las herramientas del análisis histórico. De ahí que sea un territorio propio de la crítica. Debe recordarse que esta etapa se caracterizó por los cambios acelerados y por la ruptura de los límites. A la arquitectura de corte internacional se superpusieron otras maneras de hacer arquitectura, además de que surgieron, en nuestro país, nuevas generaciones de profesionales. La familia se transformó, asumió modalidades que si bien existían desde tiempo atrás después pasaron a formar parte de la diversidad aceptada y valorada. Conforme se acercaba el final del siglo, la casa vio disminuir su número de habitantes y quienes permanecieron en ella exigieron espacios para la individualidad. Por su parte, la televisión y el teléfono se individualizaron y dejaron de necesitar de un espacio propio, pero con ello propiciaron, cada vez más, el desplazamiento del trabajo y la recreación a la casa. Como es de esperar, en este apartado no encontramos las certezas de los periodos anteriores, sino preguntas pertinentes sobre el presente y el futuro de la casa en nuestra ciudad.

En suma, el libro que nos ofrece Lourdes Cruz González es producto de una acuciosa investiga-

ción, lo que se refleja en la selección de los casos, en la enorme cantidad de notas que desarrollan conceptos u orientan en la indagación de los temas abordados y en la extensa bibliografía que acompaña al texto. Asimismo, reúne ejemplos que se hallan dispersos en una gran cantidad de publicaciones y que no habían sido publicados en un mismo volumen. El libro en sí cuenta con una excelente calidad editorial, bien formado y diagramado, con una excelente calidad en la reproducción de las fotografías seleccionadas, e incluye plantas arquitectónicas redibujadas, que ilustran las ideas expresadas por la autora y nos ayudan a recorrer con ella los espacios de la casa.

Rodolfo Santa María



Naturaleza en el habitar 01. Tradiciones constructivas en madera y fibras naturales

María de los Ángeles Vizcarra de los Reyes, compiladora
Facultad de Arquitectura,
Universidad Nacional Autónoma de México
Primera edición, 2017
ISBN: 978-607-02-8985-9
176 pp.

Este libro es una publicación acertada, pues los procesos constructivos y de transformación en el habitar cambian de manera acelerada en México debido a que los materiales de los sistemas constructivos llamados modernos —como si lo tradicional excluyera lo moderno— son más accesibles que los tradicionales. Actualmente las

personas elijen dichos materiales por ser económicos, útiles y duraderos, a pesar de que estas decisiones propician la desaparición de los sistemas constructivos heredados por generaciones.

El texto describe, en cuatro capítulos, igual número de espacios que son de suma importancia para el mundo arquitectónico y antropológico: la casa tradicional huave y el refugio de pescadores; el temazcal de Cuetzalan; La Petatera del poblado de Villa de Álvarez, en el estado de Colima, y, por último, los sistemas constructivos y la memoria de la casa maya.

Tales descripciones se enfocan principalmente en los sistemas constructivos y en el programa arquitectónico de esos espacios habitables. Este enfoque se debe a que esta publicación nace del proyecto de investigación del Laboratorio de procedimientos y sistemas constructivos tradicionales como alternativa para una arquitectura sustentable. Por la naturaleza del laboratorio considero que se omitieron tres aspectos relevantes dentro de las alternativas para proponer una arquitectura sustentable. En primer lugar, en los planos y en los cortes mostrados, se representa a la vegetación como algo irrelevante, ya que no se especifica en todos los casos de qué variedades se trata. En segundo lugar, las especies vegetales utilizadas como materiales para la construcción se describen de forma genérica, es decir que se omite su determinación científica, información que sería importante tener en cuenta porque el impacto que ha sufrido la vegetación en muchas regiones de México es alto, lo cual influye en que las personas no sigan utilizando recursos vegetales para construir su vivienda. Por ejemplo, se habla de carrizos, madera y palma sin ahondar en información entobotánica, lo cual no es suficiente en un país tan diverso como México en cuanto a flora y fauna. En tercer lugar, sería de gran ayuda para el enriquecimiento de estos trabajos que se incluyeran reflexiones antropológicas, etnográficas y etnobotánicas, ya que estas disciplinas pueden contribuir a explicar la relación cultural entre las técnicas constructivas y las prácticas humanas asociadas a ellas, así como a determinar la vegetación utilizada como material constructivo e identificar a qué comunidades vegetales se asocia.

Dentro de los aspectos positivos de la publicación, cabe destacar la incorporación de un

lingüista en uno de los capítulos, ya que trabajar con términos en nuestra lengua o en otras exige un conocimiento ajeno al del arquitecto. Nada más acertado que nombrar los diversos espacios en la lengua de la gente que produce su propia arquitectura.

En el primer capítulo, “Habitar en la arena,” de los autores Samuel Herrera Castro y Francisco Hernández Spínola, se discute la casa tradicional huave-ikoots, en el istmo de Tehuantepec. Este caso es un hermoso ejemplo de arquitectura tradicional, en el cual los autores muestran la importancia de ciertos espacios como el patio, que funge como articulador de la casa. Asimismo, describen el pueblo huave de San Mateo del Mar, ubicado en el estado de Oaxaca, y se adentran en el fenómeno urbano-arquitectónico de esa comunidad, para después cambiar de escala y ofrecer una descripción de la casa tradicional huave, que comienza con explicar los términos en huave para después describir, de manera arquitectónica, su casa tradicional. Los dibujos empleados fueron elaborados de manera adecuada, aunque en las plantas arquitectónicas faltó indicar el norte, lo que no debe pasarse por alto, pues en numerosas culturas mexicanas es de gran relevancia la orientación de los diferentes espacios que conforman la vivienda. Las fotografías evidencian la enorme riqueza del sistema o el proceso constructivo, como en el caso del tejido de palma para los techos.

En esta sección, además, se trata el refugio de pescadores en el mar muerto de Oaxaca. Se explica para qué se utiliza, así como su ubicación dentro de la costa. Esta manifestación arquitectónica es sin duda fundamental para la gente que se dedica a la pesca, pero muchas veces pasa desapercibida por el ojo de quienes habitan en las ciudades.

El capítulo “La bóveda del universo,” de Eduardo Torres Veytia y Francisco Hernández Spínola, ofrece un bello texto sobre el temazcal de las comunidades nahuas y totonacas de Cuetzalan. Primero se presenta el pueblo de Cuetzalan para después sumergirnos en el universo del temazcal. Se menciona que este espacio es una reminiscencia de la tradición constructiva indígena: este poblado recuperó la tradición de una bóveda de fibras naturales y madera que representa el vientre de la madre tierra. Previo a las conclu-

siones del capítulo, los autores nos dicen que “debemos recordar que el temazcal no sólo consiste en un baño de vapor; antes que eso atiende una dimensión espiritual y cultural amplia, en que se funden pasado y futuro.” Estas líneas nos demuestran que la arquitectura no sólo construye espacios, también involucra cultura, formas de pensamiento y discursos, aspectos que son mencionados fugazmente en la publicación.

María de los Ángeles Vizcarra de los Reyes y Diego Valadez Sáenz escriben el capítulo “Memoria tejida en el espacio,” en el que se refleja el trabajo comunitario necesario para dar pie a un espacio efímero: una plaza de toros construida para una fiesta específica a partir de petates que se conoce como La Petatera. Sorprende la complejidad de la construcción y la organización social que existe en el pueblo colimense de Villa de Álvarez para efectuar esta estructura magistral. Los autores presentan esta manifestación arquitectónica con gradas de madera desde sus orígenes, en 1944 hasta la actualidad, y exponen cómo su trascendencia la llevó a ser declarada patrimonio artístico de la nación en 2009. Posteriormente, detallan las herramientas utilizadas para su construcción, así como el procedimiento y la participación social necesarios para llevar a cabo su ensamblado. Por último, se exponen el programa arquitectónico y el sistema constructivo, para lo cual se apela a la voz de los constructores, quienes describen cómo trazan La Petatera, construyen su esqueleto de madera y usan el petate para recubrir su estructura tanto de manera vertical como horizontal.

Finalmente, en el capítulo “A la sombra de la selva,” Aurelio Sánchez Suárez y María de los Ángeles Vizcarra de los Reyes desarrollan el tema de la casa maya en la península de Yucatán. Dicha vivienda se aborda en los poblados de Xucab y Muchucucxáh. Esta descripción es la que contiene mayor información etnográfica del libro; se relacionan el pasado, el presente y la cosmogonía de los mayas con respecto a su vivienda.

En suma, este libro es muy valioso, pese a las ausencias señaladas, porque evidencia el inmenso trabajo que falta para describir la vivienda tradicional en México: sus sistemas constructivos, sus materiales, sus costos y la relación entre la cultura, la naturaleza y la habitabilidad.

Andrea Berenice Rodríguez Figueroa



Are We Human?

Notes on an Archaeology of Design

Beatriz Colomina y Mark Wigley

Lars Müller Publishers

Primera edición, 2016

ISBN: 978-3-03778-511-9

288 pp.

¿Será que la pregunta *Are We Human?* se sigue planteando debido a que no hay una distinción clara entre lo humano y lo no humano? Si el cuestionamiento sobre si somos humanos no puede ser respondido adecuadamente, quizá valdría la pena preguntarnos: ¿cómo es que hemos llegado a ser lo que somos hoy? Este bonito *pocketbook* amarillo pretende aportar algunas respuestas a dicha interrogante. Se deriva de las pláticas entre los autores durante la preparación, como curadores, de la tercera edición de la Bial de Diseño de Estambul; presenta una colección de ensayos cortos, que podrían ser vistos como notas de procesos, y recoge algunos textos anteriores de Colomina centrados en diseño y salud, pero planteados bajo un tema central: el diseño es lo que define a la humanidad. Y es que este tema da inicio desde nuestro reconocimiento como seres humanos, la creación de las primeras herramientas para cazar, hasta la era de la inmediatez de los teléfonos celulares. Es la suma de procesos que nos han llevado a ser lo que somos hoy, es decir que nuestro estado actual deriva de nuestra forma de diseñar: lo que hemos producido como seres humanos es una extensión de nosotros mismos.

Al ser una superposición de capas que se acumulan y adaptan, conforme evolucionamos, nos reinventamos constantemente como humanos. Especulamos sobre nosotros y lo que nos rodea. Por eso mismo, el diseño es un arma de doble filo

en nuestro caso, porque de él depende nuestra supervivencia: de nuestra correcta adaptación a las necesidades y al cambio. Resultan cuestionables, durante la lectura de este libro, aseveraciones como que los objetos son más humanos que el humano. ¿Será entonces que nuestros propios diseños nos están superando? Si bien están hechos por humanos, ¿reflejan realmente su carácter humano? El diseño actual es un intento por satisfacer nuestras necesidades. Lo que sí se puede debatir positivamente es que lo diseñado también rediseña al diseñador humano. Está claro que hemos evolucionado por el diseño y que debemos seguir por ese camino.

Si nos observamos como seres inestables dentro de categorías igualmente inestables, en las que reconocemos nuestra capacidad para modificar las habilidades propias y con eso seguir en la cadena de evolución y superación continua, ¿en qué nos estamos convirtiendo? Podríamos pensar que quizá nos estamos autodesplazando como humanos, pero ¿qué puede seguir para nosotros? ¿Será que el diseño, hoy en día, resulta socialmente torpe? ¿Antihumano? ¿Será que —como dijo Sigfried Giedion— es tiempo de que volvamos a ser humanos? Si queremos sobrevivir adecuadamente, entonces es hora de reevaluar todo lo que hacemos y lo que hemos hecho hasta ahora. Si el hombre es una pregunta en sí mismo, debe continuar haciéndose preguntas. Al final, el diseño siempre ha desafiado la definición contemporánea de lo que significa ser humano.

Es un hecho que nuestro cuerpo fue diseñado y que, al mismo tiempo, es un diseñador. Nuestro ser no es anónimo ni indefinido. Estamos compuestos por millones de células y, sin embargo, resulta sorprendente leer que sólo 10% de ellas es humano, que el resto de nuestros componentes es bacteriano. Somos un punto claramente ineludible y todo lo que hacemos tiene que ver con algún aspecto de nosotros mismos. Así pues, con el diseño nos componemos, complementamos y replanteamos.

El diseño se deriva de los deseos profundos —y oscuros— que tienen las personas. El cuerpo está lleno de represiones y deseos que necesitan ser desbloqueados en nombre del placer. La arquitectura, por un lado, esconde, detrás de los intentos por proyectar, la imagen de una nueva

normalidad; el diseño moderno, por otro, al nunca ser franco, ha interactuado con todo lo que escapa a la racionalidad. Escapar de la normalidad permite interactuar con los aspectos sensoriales de las cosas. La sociedad actual presenta una serie de traumas que no pueden expresarse y que se mezclan con algunas necesidades que tampoco es posible manifestar. Todos los objetos de diseño son previos pensamientos, pero, a la vez, son oportunidades para pensamientos futuros, incluso para previsiones.

Lo que diseñamos debe alentarnos a pensar en lo que somos. Estamos suspendidos en una especie de limbo del diseño: lo cierto es que nos está superando. Es peligrosamente exitoso. A los seres humanos nos transforma lo que hacemos. El futuro consiste en redescubrir y estudiar el pasado profundo para solucionar las vicisitudes de lo cotidiano. Es hora de actuar.

Los autores nos recuerdan que hoy en día predomina el *sense of self* y que con ello el autodiseño se ha erigido como el medio actual predominante: creemos poder diseñar para nosotros mismos, pero me parece que eso sólo es una frágil ilusión. No podemos hacer todo de forma individual y automática, mucho menos con poco esfuerzo. No debería crearse lo que sea desde el celular o la comodidad de la cama, sin siquiera salir de casa. Esto es una nueva forma de vida. Al habitar en el mundo de los medios de comunicación social, habitamos en una especie de zona híbrida entre lo virtual y lo real, donde lo más importante es transmitir el yo en esos espacios para el diseño. De esta forma nos protegemos, pero también nos volvemos vulnerables. Estamos ante un espejo que se mueve a gran velocidad en un panorama aterrador, meramente público y sin filtros, que genera una versión de nosotros apta para ese mundo idealizado. Se trata de un nuevo movimiento, una revolución en la capacidad de reconocernos como humanos e inhumanos. Sin embargo, aún quedan fantasías y confesiones por salir a la luz para contestar a las preguntas de este mundo caótico.

Este libro es, en definitiva, un gatillo provocador que comienza a dilucidar en torno a nuestro propio sentido, a hacer un hueco en las heridas de la humanidad. Puedo estar de acuerdo con Colomina y Wigley en un factor importante: que la arqueología del diseño es la historia del signo de interrogación, de las preguntas. Todavía queda camino por delante. Antes que cualquier otra cosa, somos humanos *par excellence* y por ello siempre podremos equivocarnos; podremos seguir generando suposiciones y diseñando para nosotros. Después de todo, somos nuestro propio cliente. *Are we human?* es una pregunta que nos acompañará por siempre y que deberemos responder constantemente. Yo soy humano, *I am not a robot*. Conviene preguntar ahora mismo: ¿soy humano? Sí... Y vaya que lo soy.

Juan Carlos Calanchini González Cos



Timely Meditations, vol. 1
Selected Essays on Architecture
 Alberto Pérez-Gómez
 RightAngle International
 Primera edición, 2016
 ISBN: 1533003505
 401 pp.

Timely Meditations es un recorrido crítico e histórico por trece ensayos de Alberto Pérez-Gómez, historiador y teórico mexicano actualmente ciudadano canadiense, egresado del Instituto Politécnico Nacional, maestro por la Universidad de Essex y con un posgrado de la Universidad Cornell. El libro permite acompañar al autor en sus procesos de análisis, comprensión y crítica en torno a diferentes tratados y teorías de la arquitectura. Sus propuestas, aunque ordenadas cronológicamente, rompen límites temporales y culturales con tal de profundizar en los temas, el lenguaje, la memoria y la propia arquitectura. A través de esta narrativa se evidencia cómo los tratados teóricos han estado ligados históricamente a una búsqueda constante del significado de la arquitectura, de su intención y su capacidad emotiva, al mismo tiempo que intentan encontrar la justificación más honesta de sus aspectos formales por medio de reglas, proporciones o conceptos específicos sobre la belleza y la verdad.

Giambattista Vico, filósofo de finales del siglo xvii, introduce el concepto de sabiduría práctica en el quehacer teórico. *Verum ipsum factum*, la verdad como resultado del hacer. La relación entre la teoría y la práctica es fundamental para entender su importancia y validez. La teoría se encuentra en un proceso constante de cambio e interacción en cuanto a información y conocimiento. Ambos términos han ido siempre de la mano y se producen mutuamente.

En la mitología griega, y por lo general en la antigüedad, la arquitectura implicaba un espacio ritual: un escenario de eventos cósmicos, espirituales y políticos donde no había una institucionalización de la teoría. El ejercicio arquitectónico debía basarse en el arte y la técnica para obtener *poiesis*, una creación poética de naturaleza divina con base intelectual. La arquitectura tenía la capacidad de expresar el significado emocional y cognitivo mediante atmósferas y objetos con una finalidad específica. El laberinto, obra de Dédalo, considerado el primer arquitecto, es un arquetipo con fundamentos mitológicos, el cual forma

critérios o conceptos, tectónicos e ideológicos, para ejercer la práctica, mas no como una teoría. Se trata de un significado emocional cimentado en su atmósfera caótica dentro del orden; una representación de la vida, siempre cambiante e indecisa, camino que se recorre entre dos puntos seguros. Los arquetipos, pues, fungían como guías materializadas.

En la época clásica, la teoría fue vista como una herramienta que brindó la capacidad de explicar y demostrar las producciones de la destreza con los principios de proporción: *ratio*, armonía, proporción y templanza. Se retomó la conexión de los rituales divinos con lo terrenal en el uso de las matemáticas cósmicas por medio de la arquitectura. La teoría es una guía para dar un significado concreto a la arquitectura mediante las relaciones entre discurso, práctica e intención. La perspectiva, la geometría y la proporción del Renacimiento no dieron cabida a la historia, personal y contextual, ni a la participación. El *chóra* se consideró desde la antigua Grecia como el espacio del caos y de la creación; espacio de la acción encarnada, vivo únicamente gracias a la participación humana. La manifestación de la experiencia, movimiento y ritmo del habitador en la arquitectura refleja en el espacio su paso a través de él, su historia, su contexto y su propio ser. Las propuestas deben estar enraizadas en el lenguaje social de la vida diaria. El *chóra* permite la objetivación del espacio, independiente de perspectivas o teorías, autónomo e infinito, de profundidad, luz y sombra, como lo describió Descartes, a pesar de ser un espacio de participación social y experiencias individuales subjetivas.

Lo espiritual y cósmico del *chóra*, así como la relación con lo divino, siguió presente en los siguientes tratados. La espiritualización de la materia se dio en mecanismos terrenales del arte como la proporción áurea o la perspectiva. La arquitectura se consideraba ya como un lenguaje universal de técnica humanista y discurso matemático y teológico. A pesar de la constancia

de esta relación, se comenzó a cuestionar numerosos aspectos espirituales y, por ende, también teóricos. Las formas de representación del proyecto empiezan a tomar importancia de la mano del sentido de la vista. Lo tectónico, lo visible y lo sensible cobran una fuerza inusitada. Los muros conectan la tierra con el cielo, lo divino con lo terrenal. Así se inauguran los cuestionamientos de los principios universales con base en su validez cultural específica: sitio, tradiciones, función y habitador. Hay que traducir el sentido del lugar; provocar, dar vida a lo inanimado, a lo material, de una manera específica para cada sitio.

Con la Ilustración, dichos cuestionamientos se incrementaron y las teorías arquitectónicas basadas en la ciencia se robustecieron con el fin de abandonar los mitos y la religión. Se inició el afán por responder el cómo de las cosas en lugar de su porqué. Se consideraba que los sentimientos y la corporalidad nublan la razón, por lo que la belleza nace de las asociaciones intelectuales. La ciencia se convirtió en teoría, mientras que la tecnología, en práctica. Los instrumentos de representación, experimentación y producción de lo arquitectónico confieren nuevas oportunidades a la par que despojan de lo motriz y lo sensitivo. Pese a ello, junto con este cambio en la instrumentalización científica de procesos, debe reconocerse el valor de la arquitectura como instrumento capaz de transformar el mundo de forma ética y responsable.

Las teorías científicas, como ya se dijo, dejaron atrás los elementos de la percepción participativa y sensorial. El significado de la arquitectura no puede aislarse de la acción que enmarca, de su forma de ser habitada. La densidad y la profundidad del espacio, así como su atmósfera, se retoman como base para la abstracción y el abandono de formas exteriores y subjetivas. Por un lado, la profundidad se da por la experiencia, se agrega la temporalidad a lo material; por otro, la experiencia hace referencia a historias y memorias, a narraciones. Interpretar textos teóricos e interdisciplinarios le da al arquitecto las herra-

mientas necesarias para verbalizar su postura y crear narrativas.

Mediante el pensamiento crítico y el conocimiento analítico podemos, al voltear atrás, conectar la información del pasado con el futuro y aportar a la arquitectura los valores primordiales que siempre ha buscado. De la metáfora, el mito y el ritual, la teoría pasó a ser prosa científica, poesía, literatura y narrativa sensorial. Los significados de la arquitectura sólo se ponen de manifiesto por medio de la acción. Pero la inteligencia no es trascendente sin conocimiento, y éste no lo es sin teoría. Analizar la arquitectura a través de estos tratados, y demás contenidos históricos y teóricos, es una forma de entender los procesos que, aunque lineales y ordenados, resultan narrativos y atemporales. Surgen de la práctica al mismo tiempo que la producen.

Elsa Mendoza Durón